

Fecha: 19-01-2026
Medio: El Longino
Supl.: El Longino
Tipo: Noticia general
Título: Ex Jardín "Lobito de Mar" vuelve a arder: Bomberos retorna por tercera temporada a un abandono que ya es riesgo público

Pág.: 6
Cm2: 630,5
VPE: \$ 378.949

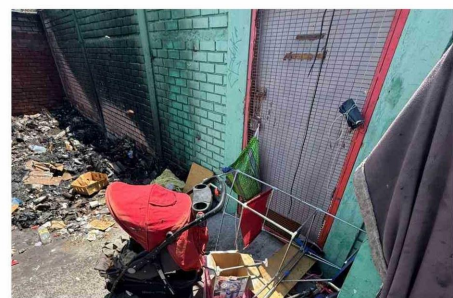
Tiraje: 3.600
Lectoría: 10.800
Favorabilidad: ☐ No Definida

Ex Jardín "Lobito de Mar" vuelve a arder: Bomberos retorna por tercera temporada a un abandono que ya es riesgo público

Un nuevo incendio obligó el 18 de enero de 2026 la concurrencia del Cuerpo de Bomberos de Iquique al ex recinto educativo, hoy convertido en foco de basura, material combustible y ocupación irregular. Registros de salidas desde agosto de 2024 muestran un patrón que persiste sin solución estructural.

La emergencia se repite con una frecuencia que ya dejó de sorprender, pero no por eso deja de alarmar. El ex Jardín Infantil "Lobito de Mar", en Iquique, volvió a demandar la presencia del Cuerpo de Bomberos tras un nuevo llamado por fuego en el lugar, un espacio abandonado que, según vecinos y registros operativos, se ha transformado en refugio improvisado de personas en situación de calle y en un depósito informal de desechos. Ayer, domingo 18 de enero de 2026, la escena fue, una vez más, la de un incendio asociado a la presencia de material altamente inflamable: maderas, textiles, restos de ropa, plásticos y basura acumulada, un cóctel que necesita apenas una chispa para convertirse en amenaza.

El caso del ex "Lobito de Mar" no es un episodio aislado ni un accidente excepcional. Es una crónica extendida en el tiempo, con fechas y salidas que trazan una línea nítida: personal bomberil lleva concurrendo al mismo punto desde el 16 de agosto de 2024, en 2025 y ahora nuevamente en 2026. Esa continuidad revela algo más grave que la ocurrencia de un incendio: evidencia la normalización del riesgo y la incapacidad —o falta de decisión— para cortar la cadena que lo alimenta. Cuando un sitio eriazo requiere atención recurrente de equipos de emergencia durante varias temporadas, la pregunta deja de ser "qué pasó" y pasa a ser "por qué sigue pasando".



En este lugar, los registros hablan por sí solos. Lo que se observa no es sólo abandono estético, sino condiciones que reúnen todos los elementos para una propagación rápida: acumulación de residuos, ausencia de cierres efectivos, ingreso constante de personas, falta de control sobre el uso del terreno y presencia de combustible liviano que prende con facilidad. La basura, lejos de ser un problema secundario, es un factor determinante. En un espacio sin gestión, la basura se convierte en infraestructura del incendio: alimenta la llama, amplifica el calor, genera humo tóxico y obliga a destinar recursos críticos a eventos que pudieran evitarse.

El patrón se repite con una lógica conocida en muchas ciudades: un recinto que alguna vez fue educativo termina sin custodia ni mantenimiento; se transforma en punto de permanencia para quienes no tienen techo; se llena de escombros; aparece la práctica de encender fuego para cocinar o calefaccionarse; en algún momento se pierde el control; y entonces se activa el llamado. En esa secuencia, el foco se suele poner en el hecho puntual —la quema—, pero el problema real es el escenario que lo hace inevitable. Nadie se sorprende de que el fuego se descontrola cuando el entorno está diseñado para arder.

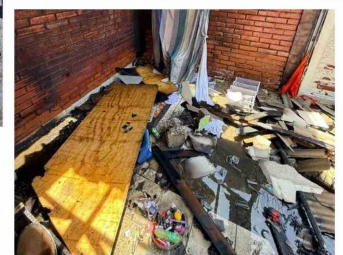
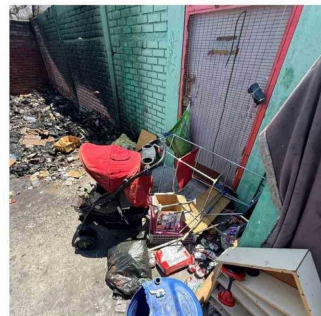
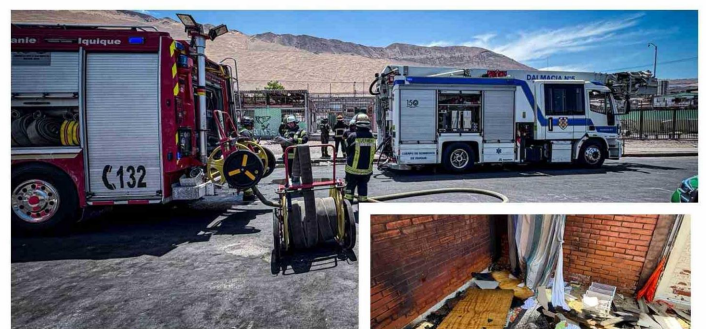
Este tipo de emergencias expone además una paradoja dolorosa: se reacciona con rapidez cuando hay llamas, pero se tolera por meses o años la condición que las provoca. El trabajo

de Bomberos es contener, evitar que el fuego se expanda, proteger vidas y bienes. No es administrar sitios eriazos, ni resolver la falta de cierres, ni remover toneladas de material combustible. Sin embargo, en la práctica terminan siendo la última barrera entre una negligencia prolongada y una tragedia mayor. Cada salida a un punto conocido significa tiempo, combustible, desgaste de equipos y exposición del voluntariado, recursos que podrían estar disponibles para otras emergencias reales e impredecibles.

La situación del ex jardín también abre una discusión incómoda sobre responsabilidades. Si el lugar se encuentra en abandono total y es utilizado de manera irregular, ¿quién debía actuar desde el primer llamado? ¿Qué institución debió asegurar cierres, limpieza, retiro de escombros y prevención de nuevos ingresos? Por qué, tras las primeras concurrencias de 2024, no se instaló un plan de mitigación que redujera el riesgo? La evidencia temporal sugiere que no se trató de falta de advertencias: las advertencias llegaron en forma de carros, sirenas, humo y registros operativos.

El punto crítico no es sólo el incendio. Es el conjunto de consecuencias que se acumulan alrededor: contaminación del aire por quema de textiles y plásticos, peligro de propagación a inmuebles cercanos, afectación a la tranquilidad del barrio, sensación de inseguridad, presencia de vectores por acumulación de basura y deterioro progresivo del entorno. En términos urbanos, estos espacios se convierten en "territorios sin Estado": lugares donde la norma no opera y donde el riesgo se vuelve paisaje. En términos sociales, además, el abandono del sitio se mezcla con otro abandono: el de quienes terminan ocupándolo porque no tienen alternativa. El resultado es un conflicto donde todos pierden: los vecinos viven con miedo, las personas vulnerables se exponen a incendios y humo, y Bomberos repite procedimientos que no deberían ser rutinarios.

El debate público suele simplificar la



a poner sobre la mesa la misma interrogante que se arrastra desde 2024: ¿hasta cuándo deberá concurrir Bomberos a un lugar que debió resolverse mucho antes? La insistencia de los registros no es una casualidad; es una advertencia persistente. Cada temporada que pasa sin intervención integral convierte este sitio en un "incendio programado", una emergencia anunciada que se vuelve parte del calendario de verano.

La solución no se agota en apagar fuego. Requiere una intervención coordinada que incluya cierre efectivo del perímetro, retiro inmediato de material combustible, limpieza profunda, gestión de residuos, vigilancia o control de accesos, señalización y, sobre todo, una respuesta social que evite que el problema se traslade a otro punto de la ciudad con idéntica precariedad. Si el lugar vuelve a ser ocupado al día siguiente, el ciclo no se rompe. Si sólo se reacciona cuando arde, se perpetúa el costo humano y operativo.

La crítica, en este caso, no apunta a la labor de emergencia, sino a la ausencia de una política que impida que el voluntariado sea el único sistema de contención. Los llamados reiterados desde agosto de 2024 y los episodios sucesivos en 2025 y 2026 reflejan una gestión que llega tarde o no llega. Mientras tanto, el ex Jardín "Lobito de Mar" permanece como una postal incómoda: un espacio que alguna vez estuvo destinado a la infancia y que hoy funciona como un recordatorio de lo que ocurre cuando una ciudad deja un lugar sin destino, sin resguardo y sin responsabilidad clara. En la práctica, el incendio de ayer no fue sólo un hecho. Fue la confirmación de que el problema sigue intacto. Y en ese escenario, la pregunta no es retórica: es un llamado urgente a actuar antes de que la próxima salida de Bomberos tenga un saldo que ya no pueda corregirse con agua y mangueras.